



Foto: Reynaldo López Peña

Una Casa, muchas historias

Por Yuset Puig Pupo

Cuando vino a abrir los ojos no tenía ni idea de cómo había caído tan bajo... No se reconocía. Simplemente estaba viviendo por inercia o masoquismo. Y lo peor, es que no entendía que el brillo en los ojos de sus hijas no era normal, que hay cargas emocionales demasiado grandes para espaldas tan pequeñas.

Recuerda el desenfreno que se le cruzó en la mente el día que su esposo rebasó los límites. Habían estado discutiendo como de costumbre. Pero cuando las ofensas perdieron el valor, él agarró un cuchillo de la cocina y lo colocó bien pegado a su cuello. En ese momento se le congeló el tiempo. Aún le queman las lágrimas nacidas del coraje. No fue solo miedo, le golpeó más la certeza de que su matrimonio ya no funcionaba.

Siente vergüenza de compartir su nombre. Pero justamente por sus "muñeritas" me cuenta los detalles de cómo llegó a la Casa de Orientación a la Mujer y la Familia, en el municipio cabecera. No fue a pedir ayuda. Se matriculó en un curso de adiestramiento, mas su profesora enseguida percibió que ella necesitaba otro tipo de atención. Confiesa que, desde entonces, todo se volvió más fácil y a la vez, más complejo.

Me asegura que el psicólogo Sandy Camejo cambió su suerte. Él le mostró lo tóxicas que eran sus relaciones interpersonales para ella y el resto del núcleo familiar. Su esposo también asistió a consulta y allí descubrieron que los arroyos de impotencia obedecían a trastornos de la personalidad, que no se trataba de mal carácter, sino de enfermedades de salud mental.

Con sus 37 años tiene la obligación de corregir las faltas y empezar de nuevo. Por delante le viene el reto de compensar a sus niñas y ayudarlas a que rebasen sus huellas. Abrir los ojos la hizo de muchas maneras más fuerte y aprendió una lección imprescindible: por más complicado que se torne el camino, ella no está sola.

FAMILIA EXTENDIDA

A Ilena Ortiz una prima le habló de la Casa de Orientación. Al principio no le

suscitó demasiada confianza, pero las anécdotas de otras muchachas la convencieron. Traspasó las puertas para buscar un oficio y encontró en la peluquería su verdadera vocación.

"Cuando terminé el duodécimo grado me quedé sin carrera -comenta Ilena-. Desde los 12 años padezco de unos dolores cíclicos que no me dejaron hacer una vida normal. Después de numerosos estudios médicos descubrieron que tengo una vértebra de más y por tanto, mi anatomía es singular.

"Me preocupaba no saber qué sería de mi futuro. Ahora me siento por fin dueña de mi vida y con un propósito. Es cierto que una vez que culmine el curso necesito un capital, que no tengo, para poder montar mi propia peluquería, pero al menos ya sé que esa es mi meta profesional.

"He aprendido mucho en el curso y no solo técnicas y tipos de pelados. Este recinto es como el hogar de todas, se siente como una familia y nos ayuda a insertarnos en la sociedad, a encontrar nuestro sitio y explotar los talentos que tenemos ocultos".

Como Ileana, otras féminas llegan a la institución con diversas inquietudes. Yardenis Trujillo, profesora de peluquería, asegura que en estos momentos imparte clases a tres grupos de 25 aprendices, con edades diferentes, pero con el mismo propósito de hacerse de una profesión y lograr independencia económica.

"Soy peluquera de profesión, pero llevo 10 años trabajando con las muchachas y transmitiendo a la par de los conocimientos, los valores de la Federación de Mujeres Cubanas (FMC) -cuenta Yardenis-. Mis estudiantes compran los productos con sus recursos y salimos a las comunidades a brindar el servicio de forma gratuita. Hay que ver la emoción de las jóvenes y las ganas que tienen de aprender.

"Nos gusta interactuar con las mujeres. Hablar de la sociedad, que nos cuenten sus problemas. Los cortes de cabello y los tintes se prestan para eso. Las federadas somos una gran familia y tenemos que ayudarnos".

Mujeres de agosto

Por Graciela Guerrero Garay

No me parece que a simple vista alguien imagine el ajeteo que hay allá, en el fondo. Al entrar, te llena los ojos el agradable confort del **lobby**, en medio de un silencio que rompe el gentil saludo del custodio.

Para muchos quizás sea difícil ubicar a la unidad empresarial de base (UEB) Soygraf Las Tunas. Pero si usted pregunta dónde queda el poligráfico, cualquiera le dice. Así anda incrustado en el corazón del pueblo.

Dentro, sin caer en exageraciones y utopías, decenas de mujeres hacen su vida o iniciaron su quehacer laboral. Son las responsables de que sobre el pupitre de los estudiantes no falten las libretas cada curso. Paralelamente, realizan otras producciones de alta demanda como forros, gigantografías, accesorios de oficina, manteles, portavasos, doyles y envases troquelados para la Industria Alimentaria.

Desde su inauguración, en 1985, las féminas tuneras encontraron caminos para desarrollar sus profesiones o insertarse en esta fuerte industria de la provincia y el país. Muchas fundadoras quedan allí. Otras se sumaron a lo largo del tiempo. Yanet Saucedo Peña es un ejemplo. Lleva dos años como especialista principal de Producción y Comercialización, mientras casi termina su carrera de Derecho.

"Soy técnico medio en Contabilidad, pero siempre hay que superarse. Aquí se trabaja mucho, sin embargo, una se siente realizada. Es verdad que no pocas veces salimos tarde, como sucedió en julio por cumplir con la entrega de las libretas, pero se ve la satisfacción de los clientes y el reconocimiento a la calidad de nuestros surtidos.

"No tengo hijos, aunque soy casada. Nunca para la mujer es fácil. Tienes que contar con el apoyo y la comprensión de la familia. Por eso una se aferra a vencer las tareas, no puedes defraudar a quienes confían en ti aquí y en la casa. La mayoría de los trabajadores somos jóvenes, pues el promedio de edad es de 39 años".

"FONDO" LARGO Y RUIDOSO

Cuando la producción está en su punto, el taller es una "fábrica" de ruidos, olor a tinta y



Maritza Martínez Amoró.



Yanet Saucedo Peña.

Fotos: Reynaldo López Peña

pegamento, recortaría, sudores y concentración... Es un proceso continuo desde la facturación de los pedidos, en las oficinas de atención al cliente, hasta el último trabajador vinculado con esa magia de hacer más con una tecnología obsoleta, la materia prima inestable o incompleta y la reestructuración de la plantilla, debido a las exigencias económicas actuales.

Es posible triunfar gracias al incansable trabajo de innovación y mantenimiento de los anaristas, mercedores de la Condición de Vanguardia Nacional durante una década y el brazo firme de otra mujer que lleva en sus hombros la dirección de la UEB, Maritza Martínez Amoró.

Santiaguera de nacimiento, llegó a Las Tunas tras graduarse de técnica industrial en La Habana y ser ubicada aquí en la Fábrica de Vidrios, la mayor de América Latina y uno de los pilares del despegue económico que transformó a este territorio en los años 80 del pasado siglo. Se quedó para siempre y es de esos nombres que no se podrán borrar de las memorias del mundo empresarial local.

"En 1987 me gradué de Ingeniería Química -cuenta a 26- y seguí hasta ser hoy máster en Ciencias. Desde el 2 de junio del 2002 dirijo esta unidad empresarial y, poco a poco, hemos logrado reanimar la industria. Compramos una máquina para la cuatricromía. También nos involucramos en la producción de los guantes quirúrgicos. Y las libretas para cada curso escolar son una de nuestras misiones más apasionantes. Ahora en julio, por ejemplo, trabajamos el mes entero las 24 horas. Implanta-

mos un récord productivo; era la única manera de cumplir, pues la materia prima la recibimos algo tarde".

Maritza reconoce que ser el timonel de una empresa no es asunto ligero. Sonríe con ternura cuando habla del apoyo que recibe de la nuera en las tareas domésticas. Nunca llega temprano a casa y gracias a "la buena retaguardia familiar" que la comprende, ayuda y trata de que descanse, puede asumir con éxito su responsabilidad, en la que valora muy alto la respuesta incondicional de su colectivo. "Estas victorias no son mías, sino de todos", puntualiza.

Con un gesto me anuncia su premura por ir al taller. Necesita ver cómo marcha la fabricación de los envases troquelados para la Industria Alimentaria. De su calidad depende también la de cumplir con la inocuidad de los alimentos, una tarea elemental para terminar con las cadenas de transmisión de virus y enfermedades tras su ingestión.

ENTRE MUCHAS

Yanet y Maritza son rostros visibles de mujeres que validan el protagonismo de sus congéneres en ese taller que, desde el ruido o el calor del ajeteo fabril, acuñan el crédito saludable de Soygraf en Las Tunas. Una entidad que defiende el encadenamiento productivo, fortalece el mercado local y nacional y, sobre todo, pondera aquel agosto primogénito en el que la Federación de Mujeres Cubanas abrió alas a sus derechos.

Se puede apostar que tan digna garantía es la culpable de las sonrisas y perfumes que adornan los pasillos de este poligráfico.

Marianeris y Yailín, en faena útil

Texto y fotos: Rosa María Ramírez Reyes

La agilidad de sus manos y la creación fértil juntan a Marianeris Ojeda García y Yailín Rojas Paneque, dirigentes de base de la Federación de Mujeres Cubanas (FMC) y trabajadoras de excelencia en el Taller de Confecciones, de Puerto Padre.

Para ellas consagrar cada jornada a la labor que desempeñan y dedicar tiempo a la FMC forman parte del deber. Marianeris con 36 años en ese centro, y Yailín con una década, encuentran allí el lugar donde ser útil a la sociedad.

Más allá del sustento económico que les propicia, el sonido

continuo de las máquinas resulta el hábito para sentir cuán provechosa es la existencia, cuando se hace algo bueno en favor de los demás.

Marianeris llegó muy joven, recuerda que "necesitaba trabajar y en ese momento la plaza en convocatoria era de auxiliar de limpieza". No lo dudó y se incorporó, sobrevino luego el crecimiento hasta ser jefa de brigada.

Así, en su delegación de la FMC es la secretaria general desde hace más de cuatro lustros, con muy buenos resultados integrales. Desborda pasión y compromiso.

Yailín Rojas Paneque se encantó con su empleo por medio de su esposo, custodio en el Hospital General Docente Guillermo Domínguez López, quien en visitas a la sucursal bancaria observaba a través de los ventanales el desempeño de las obreras en el taller. Ella aprovechó las ofertas de curso y se regocija de trabajar desde entonces.

"El crecimiento en lo personal es visible, la utilidad para mi familia igual".

Marianeris y Yailín, imbuidas en la elaboración de uniformes escolares, desde inicios de julio aportaron así a la celebración del aniversario 59 de la Federación de Mujeres Cubanas. Igual-



De izquierda a derecha, Marianeris y Yailín.

mente, en sus delegaciones, el festejo tiene lugar, porque la

organización es esencia de sus vidas.